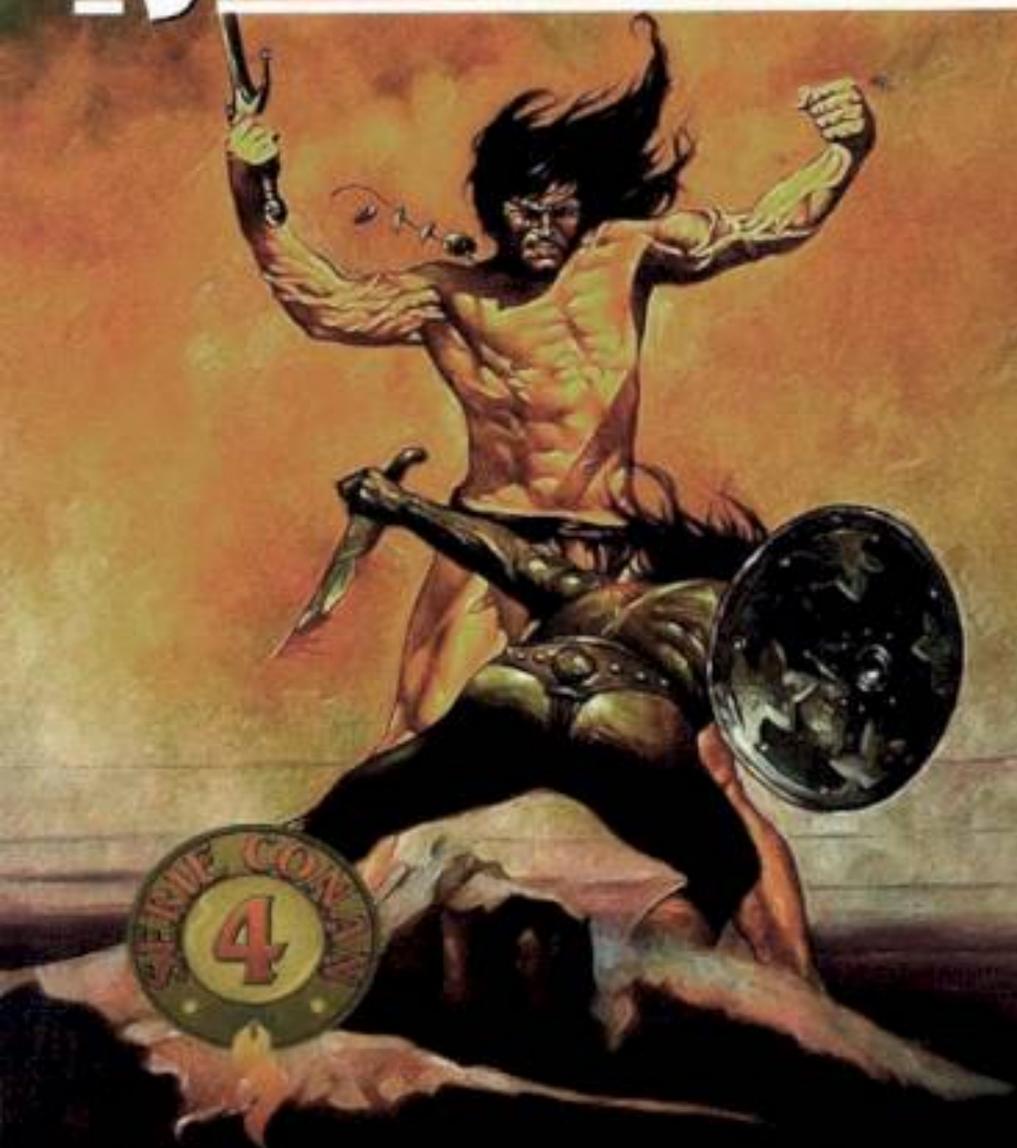


Robert E. Howard

---

# CONAN EL VAGABUNDO

---



Después de los hechos acontecidos en «Nacerá una bruja» (en el libro *Conan el pirata*), el cimmerico conduce a su banda de zuagires hacia el este, con el fin de saquear las ciudades y caravanas de los turanios. Conan tiene ahora unos treinta y un años y está en la cumbre de sus facultades físicas. Pasa casi dos años con los shemitas del desierto, primero como lugarteniente de Olgerd y más tarde como jefe único. Pero el fiero y enérgico rey Yezdigerd reacciona rápidamente ante los ataques de Conan y envía una tropa de sus mejores soldados para tenderle una trampa.

Conan  
vagabundo

elRobert E. Howard & Lin Carter & L. Sprague de  
Camp



# Introducción

Robert E. Howard (1906-1936), el creador de Conan, nació en Peaster, Texas, y vivió la mayor parte de su vida en la ciudad de Cross Plains, situada en la zona central de Texas. Durante su breve vida (que terminó en suicidio a la edad de treinta años), Howard escribió y publicó una gran cantidad de relatos de diversos géneros populares: deportivos, de detectives, del Oeste, históricos, de aventuras, de ciencia ficción, cuentos de misterio y de fantasmas, además de poesías y cuentos fantásticos. De las diversas series de relatos de fantasía heroica, las más conocidas son las historias de Conan. Dieciocho cuentos de Conan fueron publicados en vida de Howard; otros ocho, desde meros fragmentos y esbozos hasta manuscritos completos, han aparecido entre los papeles de Howard a partir del año 1950. Las historias inacabadas han sido completadas por mi colega Lin Cárter y por mí.

Por otro lado, a comienzos de la década del cincuenta, he reescrito cuatro relatos de aventuras orientales (medievales y modernas) que se encontraban en forma de manuscrito y todavía no habían sido publicadas, y los he convertido en historias de Conan cambiando nombres, suprimiendo anacronismos e introduciendo elementos mágicos y sobrenaturales. Esto no fue difícil, puesto que los héroes de Howard, en líneas generales, están cortados por la misma tijera, y la obra resultante sigue siendo básicamente creación de Howard.

«La daga llameante» es el cuento más largo, escrito por Howard en el año 1934. Se trataba de una novela corta de aventuras (de 42 000 palabras) que se desarrollaba en el Afganistán moderno y se titulaba «Three-Bladed Doom» (*La muerte de tres filos*). El héroe era un musculoso y penden-ciero aventurero irlandés llamado Francis X. Gordon, el personaje principal de algunos de sus cuentos de aventuras orientales. En «Three-Bladed Doom», la religión y las ideas expuestas por el protagonista corresponden a una versión moderna de las de los Asesinos medievales. Dado que Howard no logró vender la versión original de esta novela corta, la rescribió en el año 1935, convirtiéndola en un cuento de 24 000 palabras, pero tampoco consiguió publicarlo. En ese relato se percibía la influencia de Harold Lamb y de Talbot Mundy. La versión de 31 000 palabras que aparece en este libro, con mi colaboración póstuma, tiene una extensión intermedia entre las dos versiones originales de Howard.

Cárter y yo hemos escrito también varios pastiches basados en algunas pistas que encontramos en las notas y cartas de Howard, a fin de llenar las lagunas existentes en el legendario relato de Conan. El cuento «Lágrimas negras», que aparece en este libro, es uno de ellos.

Todos estos relatos pertenecen al subgénero de literatura fantástica que los especialistas llaman «fantasía heroica» o, a veces, «cuentos de espada y brujería». Estos cuentos se desarrollan en un antiguo universo imaginario —tal como se supone que fue hace mucho tiempo, o quizá tal como ha de ser en un futuro remoto, o tal vez en otro planeta o en otra dimensión— donde la magia funciona y aún no ha sido inventada la tecnología moderna. Exponentes de este género son —además de los cuentos de Conan— *La serpiente Ouroboros* de E. R. Eddison, la trilogía de *El señor de los anillos* de J. R. R. Tolkien, *The Well of the Unicorn* (El pozo del unicornio) de Fletcher Pratt y las historias de *Fafhrd y el Ratonero Gris*<sup>[1]</sup> escritas por Fritz Leiber.

De los diversos personajes legendarios que se pasean por las páginas de Howard, Conan el cimmerico es el héroe de los héroes. Conan vivió, amó y llevó a cabo sus increíbles hazañas en la imaginaria Edad Hiboria de Howard hace unos doce mil años, después del hundimiento de Atlantis y en los albores de la historia escrita conocida por todos. Conan es un gigantesco aventurero bárbaro originario de las tierras desoladas y atrasadas de Cimmeria, que luchó y se abrió camino a través de medio mundo, vadeando ríos de sangre y venciendo enemigos humanos y sobrenaturales, para convertirse finalmente en rey del poderoso reino hiborio de Aquilonia.

Conan, un hombre grande, rudo y anárquico, llegó de joven al reino de Zamora, donde llevó una vida precaria como ladrón, profesión que practicó también en los países vecinos. Cansado de su existencia miserable, se alistó como mercenario en los ejércitos de Turan. Durante los dos años siguientes viajó mucho y se convirtió en un experto arquero y jinete.

Como consecuencia de una pelea con un oficial por culpa de una mujer, Conan huye de Turan. Después de un intento frustrado de obtener un tesoro en Zamora y de una breve visita a su tierra natal, sirve como mercenario en los reinos hiborios. Obligado por las circunstancias (violentas, como de costumbre) se convierte en jefe de una tribu negra y más tarde vuelve a alistarse como mercenario en Shem y en otras naciones hiborias del sur.

Algún tiempo después, Conan se convierte en jefe de los kozakos, una horda de proscritos que vagan por las estepas que se encuentran entre las tierras hiborias y Turan. Luego capitanea un grupo de piratas en el inmenso mar interior de Vilayet.

Mientras se desempeña como capitán de la guardia real de la reina Taramis de Khaurán, Conan es capturado y crucificado por los enemigos de la soberana. Pero en el momento en que se le acerca un buitre para sacarle los ojos, Co-

nan muerde al pájaro en el pescuezo y le arranca la cabeza. (Imposible encontrar un héroe más duro y valiente). Olgerd Vladislav, el jefe zaporosko de una banda de zuagires, nómadas shemitas del desierto, llega en ese preciso momento a donde está Conan y lo salva —por sus propios intereses— de morir en la cruz. Cuando surgen desavenencias entre Conan y Olgerd, el rudo y tenaz cimmerico desbanca sin piedad a Olgerd y asume la jefatura de la banda, a cuyos integrantes —después de derrotar a los enemigos de la reina Taramis y de devolverla al trono— conduce hacia el este para saquear a los turanios. Es aquí donde comienza este libro de cuentos de Conan.

Ahora hemos de publicar un total de doce libros. Este es el cuarto volumen de la serie completa, y viene después, de *Conan el pirata* y antes de *Conan el aventurero*.

Los lectores que quieran saber más acerca de Conan, de Howard o de la fantasía heroica en general, pueden consultar dos fanzines y un libro<sup>[2]</sup>. Uno de los fanzines es *Amra*, publicado por George H. Scithers (Box 9120, Chicago, 111, 60690, USA). Es el boletín de la Legión Hiboria, un grupo de entusiastas aficionados a la fantasía heroica y a las historias de Conan en particular. El otro fanzine es *The Howard Collector*, publicado por Glenn Lord, el agente literario de las obras de Howard (Box 775, Pasadena, Texas, 77501, USA); publica artículos, cuentos y poemas escritos por Howard o dedicados a él. El libro al que me he referido, y del que soy autor, se titula *The Conan Reader* (El lector de Conan), publicado por Jack L. Chalker (5111 Liberty Heights Ave., Baltimore, Md., 21207, USA), e incluye una serie de ensayos y artículos sobre Howard, Conan y la fantasía heroica, previamente publicados en *Amra*. En la introducción que he escrito para el primer libro de esta colección titulado *Conan*, he mencionado otras obras de Howard, así como historias de espada y brujería escritas por otros autores.

Conan  
vagabundo

elRobert E. Howard & Lin Carter & L. Sprague de  
Camp

*L. Sprague de Camp*

# Lágrimas negras

L. Sprague de Camp & Lin Carter, 1968

*Después de los hechos acontecidos en «Nacerá una bruja» (en el libro Conan el Pirata), el cimmerico conduce a su banda de zuagires hacia el este, con el fin de saquear las ciudades y caravanas de los turanios. Conan tiene ahora unos treinta y un años y está en la cumbre de sus facultades físicas. Pasa casi dos años con los shemitas del desierto, primero como lugarteniente de Olgerd y más tarde como jefe único. Pero el fiero y enérgico rey Yezdigerd reacciona rápidamente ante los ataques de Conan y envía una tropa de sus mejores soldados para tenderle una trampa.*

# 1. Las mandíbulas de la trampa

El sol del mediodía caía a plomo de la cúpula del cielo. Las ásperas y reseca arenas de Shan-e-Sorkh, el Desierto Rojo, ardían bajo el sol implacable como si se estuvieran cociendo en un horno gigantesco. En el aire inmóvil flotaba el mal. Los escasos arbustos espinosos que coronaban las colinas bajas y llenas de grava que se alzaban en forma de muro al borde del desierto, no se movían ni una pulgada. Ni tampoco los soldados que se agazapaban tras ellas, vigilando el camino.

Allí, alguna catástrofe antigua provocada por las fuerzas naturales había abierto una ancha herida en la escarpadura. Siglos de erosión habían ampliado la hendidura, que formaba un estrecho desfiladero entre las abruptas laderas; era un lugar perfecto para una emboscada.

La tropa de soldados turanios había estado oculta en la cima de las dunas durante toda la calurosa mañana. Sudando a mares bajo sus túnicas y sus cotas de malla, permanecían agazapados sobre sus doloridas rodillas. Maldiciendo en voz baja, su capitán, el amir Boghra Khan, soportaba la larga e incómoda guardia en compañía de sus hombres. Su garganta estaba seca como un trozo de cuero recocado al sol, y su cuerpo estaba empapado en sudor bajo la cota de malla. En aquella tierra maldita, tierra de muerte y de un sol abrasador, ni siquiera se podía sudar cómodamente. El aire del desierto secaba de inmediato cada gota de humedad, dejando a los hombres secos como la lengua de una momia estigia.

El amir parpadeó y se frotó los ojos, entrecerrándolos para ver el minúsculo destello de luz. Un explorador oculto detrás de una duna de arena roja hizo que el sol se reflejara en su espejo y envió una señal a su jefe, escondido en la cima de la colina.

En ese momento se divisó una nube de polvo. El noble turanio de poblada barba negra sonrió y olvidó rápidamente su incomodidad. ¡Seguramente su traidor confidente se había ganado de buena ley el dinero que le había dado para sobornarlo!

En seguida Boghra Khan distinguió la larga columna de guerreros zuagires, con sus blancas túnicas llamadas khalats ondeando al viento, montados en esbeltos caballos del desierto. Cuando el grupo de jinetes emergió de la nube de polvo que levantaban los cascos de sus caballos, el aire del desierto era tan claro y el sol tan brillante que el noble turanio pudo divisar los oscuros y enjutos rostros de halcón de sus hombres, envueltos con pañuelos que flotaban bajo la brisa del desierto. La satisfacción le corrió por las venas como si se tratara del rojo vino de Aghrapur que había en las bodegas del joven rey Yezdigerd.

Hacía años que aquella banda de forajidos saqueaba e incendiaba ciudades, puestos de comercio y caravanas a lo largo de las fronteras de Turan, primero bajo el mando del bribón zaporosko de corazón negro llamado Olgerd Vladislav, y después, hacía poco más de un año, por Conan, su sucesor. Finalmente, los espías turanios de las aldeas amigas del grupo de bandidos habían encontrado un miembro del grupo al que era fácil sobornar. Se trataba de un tal Vardanes, que no era zuagir sino zamorio. Vardanes era hermano de sangre de Olgerd, al que Conan había derrocado, y estaba sediento de venganza contra aquel extranjero que había usurpado la jefatura del grupo.

Boghra se acarició la barba pensativamente. El traidor zamorio era un villano sonriente, bajo, temerario y esbelto como un dios. Vardanes era un divertido compañero de

juergas y un excelente guerrero, pero de corazón frío e infiel como el de una víbora.

En ese momento, los zuagires se acercaban por el desfiladero. Vardanes cabalgaba a la cabeza de los jinetes sobre una encabritada yegua negra. Boghra Khan levantó una mano para alertar a sus hombres e indicarles que estuviesen preparados. Quería que entrara el mayor número posible de zuagires en el desfiladero antes de tenderles las mandíbulas de la trampa. Se dejaría pasar solamente a Vardanes. En el momento en que estuvo del otro lado del muro de arenisca, Boghra bajó la mano con un gesto rápido y tajante.

—¡Matad a esos perros! —bramó con voz atronadora, poniéndose en pie.

Una nube de flechas atravesó los rayos del sol como una lluvia mortal. En un segundo, los zuagires se convirtieron en un grupo confuso de hombres vociferantes y caballos alborotados.

Las descargas de flechas caían sobre ellos incesantemente. Los hombres caían a tierra y se asían con desesperación a los dardos emplumados, que brotaban de sus cuerpos como por arte de magia. Los caballos relinchaban al sentir las flechas en sus sudorosos flancos.

Se volvió a levantar una nube de polvo, velando toda posible visión de la dantesca escena, hasta tal punto que Boghra Khan detuvo a sus arqueros por un momento para que no desperdiciaran sus dardos en vano. Ese fue su fallo. Porque por encima del clamor de hombres y caballos se oyó una voz profunda y atronadora dominando el caos:

—¡A las colinas... y a por ellos!

Era la voz de Conan. Un segundo después, apareció la gigantesca figura del cimmerico galopando colina arriba, montado sobre un enorme y brioso corcel. Cualquiera hubiese pensado que solo un tonto o un loco sería capaz de subir de esa manera por la pendiente de arena y roca para meterse en las fauces del enemigo. Pero Conan no era ni

una cosa ni otra. Es verdad que lo impulsaba un ansia salvaje de venganza, pero tras la amenazadora sonrisa que reflejaba su oscuro rostro y sus ojos fogosos, ardientes como llamas, estaba el ingenio del veterano guerrero. Sabía que la mejor forma de salir de una emboscada era actuar por sorpresa y de manera inesperada.

Atónitos, los guerreros turanios dejaron de tensar sus arcos para contemplar la escena. De la espesa nube de polvo que todavía llenaba el desfiladero surgió inesperadamente una multitud de enloquecidos zuagires a caballo y a pie que se disponían a atacarlos en la ladera de la colina.

Eran más numerosos de lo que había pensado el amir. En un segundo, el grupo de guerreros zuagires llegó a la cima de la colina blandiendo cimitarras, maldiciendo y lanzando gritos de guerra cargados de sed de sangre y de venganza.

A la cabeza iba el gigantesco cimmerico. Las flechas habían rasgado su blanca khalat, dejando al descubierto la brillante cota de malla que ceñía su pecho de león. Su desordenada melena sobresalía por debajo del casco de acero como un estandarte al viento. Montado en su negro corcel, se abalanzó sobre ellos como un demonio mítico. Llevaba no solo la daga de los hombres del desierto, sino también la ancha y pesada espada occidental con empuñadura en forma de cruz, su arma favorita.

La pesada hoja de brillante acero abrió un camino de color escarlata entre los turanios. El arma se alzaba y caía sin cesar, llenando de sangre el aire del desierto. Con cada movimiento, atravesaba armaduras, carne y huesos, deshacía cráneos, cortaba brazos y les abría el pecho a sus víctimas.

Al cabo de media hora, todo había terminado. No había sobrevivido ni un solo turanio, excepto los pocos que habían logrado huir... y su jefe. Con la túnica hecha jirones, el rostro lleno de sangre y caminando con dificultad a causa de la cojera, el amir fue llevado en presencia de Conan,

que seguía montado en el caballo, limpiando la sangre de su espada con la túnica de un hombre muerto.

Conan miró con desprecio al desanimado jefe, con una chispa de ironía en los ojos.

—De manera que volvemos a encontrarnos, Boghra — dijo Conan con un gruñido.

El amir parpadeó asombrado, sin dar crédito a sus ojos. Luego exclamó boquiabierto:

—¡Tú!

Conan se rio entre dientes. Diez años antes, cuando era un joven errante y vagabundo, el cimmerio había servido como mercenario en Turan. Había abandonado las filas del rey Yildiz un tanto apresuradamente, a causa de un pequeño problema con la querida de un oficial. Y lo había hecho tan deprisa que hasta había olvidado liquidar una deuda de juego con el mismo amir que en esos momentos lo miraba atónito. Luego, Boghra Khan, el alegre descendiente de una casa noble, y Conan habían sido compañeros de juergas en más de una ocasión, tanto en mesas de juego como en tabernas y prostíbulos. Ahora, con algunos años encima, el mismo Boghra Khan abría la boca asombrado, derrotado en la batalla por un viejo camarada cuyo nombre jamás había asociado con el del terrible jefe de los hombres del desierto.

Conan lo miró de arriba abajo entrecerrando los ojos.

—Nos estabas esperando aquí, ¿verdad? —dijo brusca- mente.

El amir no respondió. No deseaba dar información alguna al jefe de los proscritos, aun cuando ambos hubiesen sido compañeros de juergas. Sin embargo, también había oído hablar de los sanguinarios métodos que empleaban los zuagires para obtener información de sus cautivos.

Gordo y fofo como consecuencia de años de vida principesca, el oficial turanio pensó que no podría guardar silencio por mucho tiempo si lo presionaban con torturas.